

**El amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. El encuentro con Dios implica que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más. Una mirada desde la perspectiva de Jesucristo.**

❖ Cfr. Benedicto XVI, Encíclica «Deus caritas est», nn. 17-18

○ **El amor no es solamente un sentimiento. El amor no se impone.**

En el desarrollo de este encuentro<sup>1</sup> se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el *eros* llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por «concluido» y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idem velle, idem nolle*<sup>2</sup>, querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío<sup>3</sup>. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. *Sal* 73 [72], 23-28).

- **Más allá de los sentimientos, si miro a los demás desde la perspectiva de Jesucristo, amo también a quien no me agrada y ni siquiera conozco.**
- **En Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco**
  - **Aprender a mirar desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo.**

**18.** De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita.

[www.parroquiasantamonica.com](http://www.parroquiasantamonica.com)

<sup>1</sup> En el párrafo anterior Benedicto XVI habla de nuestro encuentro con Dios porque Él se hace visible en nuestras vidas de muchas maneras: “El Señor siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. **Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero**; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor”.

<sup>2</sup> Salustio, *De coniuratione Catilinae*, XX, 4.

<sup>3</sup> Cf. San Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11: CCL 27, 32.